



Hora Santa contra el racismo

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

PROCESIÓN

Después de que todos se hayan reunido, un sacerdote o diácono, vestido con capa pluvial y el humeral, lleva el Santísimo Sacramento desde el lugar de reserva al altar y lo coloca en una custodia. Se podrá entonar un canto y le pueden acompañar monaguillos con velas.

Luego, el ministro que preside se arrodilla ante el altar e incienso el Santísimo Sacramento. Concluye el canto de entrada y sigue un momento de oración en silencio.

ORACIÓN INICIAL

A continuación, el ministro que preside se dirige a la silla, donde reza la siguiente oración inicial:

Oremos.

Señor Dios, que diste un origen idéntico a todos los pueblos
y de ellos quisiste congregar una sola familia para ti,
llena los corazones de todos con el fuego de tu amor
y enciende en ellos el deseo
de un justo progreso de sus hermanos,
para que, por medio de los bienes que en abundancia das para todos,
se realice cada uno como persona humana
y, suprimida toda división,
se afiancen en el mundo la igualdad y la justicia.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.

(Misas y oraciones por varias necesidades y para diversas circunstancias, n. 29. Por el progreso de los pueblos)

Todos responden:

Amén.

Después de un momento de oración en silencio, comienza la Liturgia de la Palabra.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Lectura de la Primera Carta de San Juan

4, 7-16, Lecc. 170A

Queridos hijos: Amémonos los unos a los otros, porque el
amor viene de Dios
y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios.
El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor.
El amor que Dios nos tiene, se ha manifestado
en que envió al mundo a su Hijo unigénito

para que vivamos por él.

El amor consiste en esto:

no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero y nos envió a su Hijo, como víctima de expiación por nuestros pecados.

Si Dios nos ha amado tanto,

también nosotros debemos amarnos los unos a los otros.

A Dios nadie lo ha visto nunca;

pero si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor en nosotros es perfecto.

En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros:

en que nos ha dado su Espíritu.

Nosotros hemos visto y de ello damos testimonio,

que el Padre envió a su Hijo como salvador del mundo.

Quien confiesa que Jesús es el Hijo de Dios,

permanece en Dios y Dios en él.

Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y
hemos creído en ese amor.

Dios es amor y quien permanece en el amor,
permanece en Dios y Dios en él.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

SALMO RESPONSORIAL

R: Bendeciré al Señor eternamente.

Un día tras otro bendeciré tu nombre
y no cesará mi boca de alabarte.

Muy digno de alabanza es el Señor,
por ser su grandeza incalculable. **R.**

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento para enojarse y generoso para perdonar.

Bueno es el Señor para con todos
y su amor se extiende a todas sus creaturas. **R.**

Siempre es justo el Señor en sus designios
y están llenas de amor todas sus obras.

No está lejos de aquellos que lo buscan;
muy cerca está el Señor, de quien lo invoca. **R.**

(Lecc. 133A/18A)

Después de un momento de oración en silencio:



ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

R: Aleluya, aleluya.

Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud. **R. (Lecc. 140B)**

R: Aleluya, aleluya.

+ Lectura del Santo Evangelio según san Mateo

22, 34-40, Lecc. 148A

En aquel tiempo, habiéndose enterado los fariseos de que Jesús había dejado callados a los saduceos, se acercaron a él.

Uno de ellos, que era doctor de la ley, le preguntó para ponerlo a prueba:

“Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley?”

Jesús le respondió:

“Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,
con toda tu alma y con toda tu mente.

Éste es el más grande y el primero de los mandamientos.

Y el segundo es semejante a éste:

Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

En estos dos mandamientos se fundan toda la ley y los profetas”.

Palabra del Señor.

Todos: Gloria a ti, Señor Jesús.

HOMILÍA

Al final de la última lectura, un sacerdote o un diácono predica la homilía, seguida de un momento de oración en silencio.

INTERCESIONES

De pie ante la silla, el ministro que preside invita al pueblo a orar:

Ministro que preside: Dios es el Padre de todos los pueblos y quiere que todos se reúnan en una sola familia, libre de divisiones y conflictos. Confiando en su providencia, presentamos ante él nuestra petición que termine el racismo mientras oramos:

1. Por nuestro país, para que estemos unidos en la construcción de una sociedad en la que todas las personas tengan la oportunidad de vivir con dignidad y esperanza, especialmente los pobres, los inmigrantes y refugiados, los ancianos, y los no nacidos, roguemos al Señor.

PRESENTAMOS
ANTE ÉL
NUESTRA
PETICIÓN
QUE TERMINE
EL RACISMO

2. Para que todas las personas puedan vivir en mayor armonía y trabajar para poner fin a los prejuicios y la discriminación racial, creyendo que Dios puede sanar toda herida y corregir todo error, roguemos al Señor.
3. Para que el Señor inspire santos en nuestro tiempo que sean líderes en la lucha particular para guiar almas a Cristo en medio de sus esfuerzos por librar a la nación del mal del racismo, roguemos al Señor.
4. Para que todos trabajemos para erradicar el racismo de todas las instituciones cívicas y sociales, roguemos al Señor.
5. Para que los grupos afectados desproporcionadamente por la pandemia reciban la atención que necesitan, el consuelo y la compasión de nuestro Señor, y la esperanza de su resurrección, roguemos al Señor.
6. Para que todos trabajen para restablecer la esperanza, corregir los errores, mantener los compromisos y promover el bienestar de las personas y de los pueblos, roguemos al Señor.
7. Para que podamos ver a Cristo en las personas que encontramos y les abramos nuestros corazones, roguemos al Señor.
8. Para que Dios bendiga los esfuerzos de todos aquellos que buscan profundizar la comprensión, fomentar la reconciliación, y dar testimonio público del compromiso de la Iglesia de poner fin al racismo, roguemos al Señor.
9. Para que, por encima de todo, veremos un espíritu de verdad que inundará todo el país y hará que todos reconozcan la dignidad inherente de toda vida humana y un reconocimiento más profundo de que el racismo es un ataque a la dignidad humana, roguemos al Señor.
10. Por todos los que han muerto, especialmente aquellos que perdieron la vida a causa del odio racial y el desprecio por la naturaleza sagrada de la vida humana, para que puedan conocer el gozo eterno en la presencia de Jesucristo y de todos los santos, roguemos al Señor.

Todos: Señor, escucha nuestra oración.

Después de un momento de oración en silencio:

LECTURA

Un ministro podrá leer la siguiente lectura:

Como proclamó san Pablo, “Cristo Jesús vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero Cristo Jesús me perdonó, para que fuera yo el primero en quien él manifestara toda su generosidad y sirviera yo de ejemplo a los que habrían de creer en él, para obtener la vida eterna” (1 Tm 1:15-16). La propia conversión de san Pablo es un poderoso recordatorio de cómo la gracia de Dios puede transformar incluso el más duro de los corazones. La oración y el trabajo por la conversión deben ser nuestra primera respuesta ante las malas acciones. “Yo les aseguro que también en el cielo habrá más alegría por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentirse” (Lc 15, 7). Por lo tanto, nunca debemos limitar nuestra comprensión del poder de Dios para lograr la conversión incluso de aquellos cuyos corazones parecen completamente congelados por el pecado del racismo. Nuestras comunidades nunca deben dejar de invitarlos y animarlos en el amor a que abandonen estos pensamientos pecaminosos y sus formas destructivas.

Abramos nuestros corazones, pp. 31-32

LETANÍAS

sálvanos.

Sangre de Cristo sostén de los que están en peligro.

Sangre de Cristo, consolación en las penas,	sálvanos.
Sangre de Cristo, espíritu de los penitentes,	sálvanos.
Sangre de Cristo, auxilio de los moribundos,	sálvanos.
Sangre de Cristo, paz y dulzura de los corazones,	sálvanos.
Sangre de Cristo, prenda de la vida eterna,	sálvanos.
Sangre de Cristo que libera a las almas del Purgatorio,	sálvanos.
Sangre de Cristo, digna de todo honor y de toda gloria,	sálvanos.
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,	perdónanos Señor.
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,	escúchanos Señor.
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,	ten piedad de nosotros.
Nos rescataste, Señor, por tu Sangre.	E hiciste nuestro el reino de los cielos.

Oremos.

Dios Eterno y Todopoderoso que constituiste a tu hijo único Redentor del mundo, y que quisiste ser apaciguado por su sangre, haz que venerando el precio de nuestra salvación y estando protegidos por él sobre la tierra contra los males de esta vida, recojamos la recompensa eterna en el Cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos: Amén.

PADRE NUESTRO

Luego el ministro que preside canta o dice:

Y ahora, todos juntos, invoquemos a Dios con la oración que el mismo Cristo nos enseñó:

Todos: Padre Nuestro. . .

BENDICIÓN

Al concluir el Padre Nuestro, el ministro que preside se acerca al altar, hace genuflexión y se arrodilla. Mientras tanto, se canta *Tantum ergo* u otro canto eucarístico adecuado y el ministro, arrodillado, incienso el Santísimo Sacramento. Una vez terminado el himno, se puede añadir el siguiente verso y respuesta:

V. Les diste Pan del cielo (T.P. aleluya).
R. Que contiene en sí todo deleite. (T.P. aleluya).

Luego el ministro se pone de pie y canta o dice:

Oremos:

Señor nuestro Jesucristo,
que en este admirable sacramento
nos dejaste el memorial de tu pasión,
concédenos venerar de tal modo
los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,
que experimentemos continuamente en nosotros
el fruto de tu redención.
Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos: Amén.

Después de la oración, el ministro que preside se coloca el humeral, hace genuflexión y toma la custodia.
Hace la señal de la cruz con la custodia sobre los reunidos, en silencio.

Las siguientes aclamaciones pueden cantarse o decirse al unísono después de la bendición con el Santísimo Sacramento.

Bendito sea Dios.
Bendito sea su santo Nombre.
Bendito sea Jesucristo, Dios y hombre verdadero.
Bendito sea el Nombre de Jesús.
Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
Bendita sea su Preciosísima Sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María santísima.
Bendita sea su santa e Inmaculada Concepción.
Bendita sea su gloriosa Asunción.
Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo Esposo.
Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

RESERVA

Se retira el Santísimo Sacramento de la custodia y se lleva al lugar de reserva. Se canta el himno, y el ministro que preside y los monaguillos se inclinan ante el altar y salen.

La traducción al español del *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa* © 2011, Buena Prensa; extractos de la traducción al español del *Misal Romano* © 2018, Catholic Book Publishing Corp; extractos de la traducción al español del *Ritual completo de los Sacramentos*, © 1976, Buena Prensa; *Ritual de la Unción y de la Pastoral de Enfermos*, © 2020, Buena Prensa. Todos los derechos reservados.

“Letanías de la Preciosa Sangre” de Aciprensa, Compilado por José Gálvez Krüger
<https://www.aciprensa.com/Oracion/letaniasangre.htm>.

Extractos del *Leccionario*, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de septiembre de 2004. Todos los derechos reservados.

Extracto de *Abramos nuestros corazones: El incesante llamado al amor — una carta pastoral contra el racismo* © 2018, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Todos los derechos reservados.

Copyright © 2024 United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Todos los derechos reservados.

